

LADY CLARE

Era el tiempo en que florecen los lirios y en que las nubes se agitan en lo más elevado de los aires.

Lord Ronald, al regresar de una cacería, regaló á su prima Lady Clare una cierva blanca como una azucena.

Enamorados y prometidos los dos primos, debían unirse en matrimonio al día siguiente.

¡Que Dios bendiga ese hermoso día!

—Mi prometido no me ama ni por el origen de mi cuna, ni por los vastos dominios que poseo. Me ama por lo que soy, y esto es lo que más me satisface —pensaba Lady Clare cuando partió de su lado Lord Ronald.

En esto entró en su estancia la anciana Alicia, que había sido su nodriza, y le preguntó:

—¿Quién ha salido de aquí?

—Mi primo —contestó Lady Clare— mañana se celebrará nuestra boda.

—¡Dios sea loado! —añadió Alicia. Todo saldrá á medida de mi deseo, y puesto que tu felicidad está asegurada, ha llegado el momento de que te haga una revelación.

Has de saber que tú no eres Lady Clare, y que Lord Ronald no es tu primo, y si el legítimo heredero de todos los dominios que posees.

¡Nodriza, nodriza! ¿Has perdido la razón? ¿Qué cosas son esas que estás diciendo?

—Te digo la verdad como se la digo á Dios, que sabe todo lo que pasa en nuestro corazón. Eres hija mía. La hija del viejo conde, á quien has considerado como tu padre, murió en mis brazos; pero como tú y ella apenas habíais cumplido el primer mes, enterré á la niña á quien criaba, como si fuera mi hija, y á tí, que eres la hija de mis entrañas, te puse en su lugar.

—Obraste indignamente. Si es verdad todo lo que cuentas, madre mía, cometiste una gran iniquidad, privando, por tanto, de su legítima fortuna á Lord Ronald, que es el hombre más bueno de la tierra.

—¡Bah, bah, —interrumpió la nodriza.— Déjate de esas cosas, y como vas á unirme con Lord Ronald, sin que él sepa el engaño le devuelves de un modo indirecto la fortuna.

—No madre. Si nací pobre, como odio la mentira, revelaré el secreto que has tenido guardado.

Quítame este broche de oro y separa también de mi cuello el collar de diamantes.

—No, hija. Oye mis súplicas. Guarda el secreto. Mereces ser feliz y lo serás.

—De ningún modo. En medio de mi profunda pena, revelando lo que acabo de saber, conseguiré dos cosas: no manchar mi conciencia con la mentira y averiguar hasta dónde puede llegar el cariño de un hombre.

—¡El cariño! —dijo Alicia.— No esperes gran cosa del cariño de tu prometido, en cuanto sepa que la fortuna que posees es suya.

—Y la recibirá de mis manos —añadió la joven— aun cuando muera de dolor por perder su cariño.

—Ten presente, hija mía, que si he cometido esa falta, ha sido por tu bien; al menos, perdóname, y para que la desesperación no me mate, permíteme que imprima un beso en tu frente.

—¡Ah, madre! ¡Cuánto daño me has hecho! Pero no importa. Besa mi frente y recibe con otro beso en tu mano la muestra de mi respeto.

La bella joven se despojó de sus galas, se vistió un traje de aldeana, prendió una rosa en sus cabellos y se alejó del castillo, dirigiéndose al parque.

La cervatilla que retozaba, al verla, corrió á su encuentro como para implorar sus caricias, y Lord Ronald, al contemplar aquel hermoso cuadro desde una de las torres del castillo, bajó también en busca de su amada, diciéndole:

—¿Por qué te has disfrazado? Por qué te has convertido en humilde aldeana, cuando eres la reina de estos contornos?

—Si me he vestido de aldeana —contestó la joven,— es para presentarme con el traje que corresponde á mi humilde condición; porque habéis de saber que yo no soy Lady Clare.

—¿Qué significa esa burla? —exclamó sorprendido Lord Ronald.— ¿No sabes que yo soy tuyo en cuerpo y alma? Explicame este enigma.

Entonces ella con arrogancia, y haciendo un gran esfuerzo, refirió á Lord Ronald el secreto que poco antes le había confiado la anciana nodriza.

Lord Ronald, después de oírla, la tendió los brazos, estrechándola con efusión.

—Si no eres Lady Clare —exclamó— como mañana van á unirse para siempre nuestras almas, serás Lady Ronald.

La joven no se había engañado. El verdadero cariño lo puede todo.

A. TENNYSON.

A la Reina Isabel I.

Vengo sobre mi cisne wagneriano
desde el bello país de la Quimera,
donde brota con loca exuberancia
una flora de mística fragancia
bajo el cielo de un sol de Primavera....
donde quiebran las náyades divinas
y las blancas ondinas
la esmeralda sutil de la laguna,
y retozan y ríen,
mientras en el espacio se deslíen
los besos de la Luna....
donde perfuma y acaricia el viento....
donde está el Ideal, á cuya cumbre
—que las nubes escala—
tan sólo llega el ala
del águila caudal del Pensamiento!....

Desde el bello país de la Quimera
vengo sobre mi cisne wagneriano;
ave sagrada cuyo pico breve
guarda la historia de un amor lejano....
ave de misticismo y de pureza....
ave de luz y nieve
consagrada al altar de la Belleza!....

Vengo, oh, Reina! á ofrendarte mis cantares
y á cantarte mi ofrenda, oh, Soberana!
Mi lira en los peldaños de tu trono
su cántico desgrana,
cual rendido homenaje
á tu belleza celestial, oh, Reina!
mientras el pico de mi cisne peina
las hebras de marfil de su plumaje.....

Bella Isabel primera:

Para entonarte, Reina, mis cantares
—perlas que el alma encuentra en la ribera
del Ensueño, el más hondo de los mares—
mi inspiración es tímida, insegura....

Tiembla el plectro en mi mano á cada nota
y la canción que brota
no es digna de tu gracia y tu hermosura.

El aura popular que te acaricia
al ceñir la corona á tu cabeza
de diosa del Olimpo, hizo justicia
—nada más que justicia— á tu belleza!

Oh, la Belleza! . . .

Culto al que consagro
adoración ferviente!
Astro cuyo fulgor hace Milagro
del Verso, en las tinieblas de mi mente!
Estrella que me brinda sus halagos
y que señala mi camino incierto
como la estrella de los Reyes Magos
que cruzaron el árido desierto!

Bella Isabel primera:

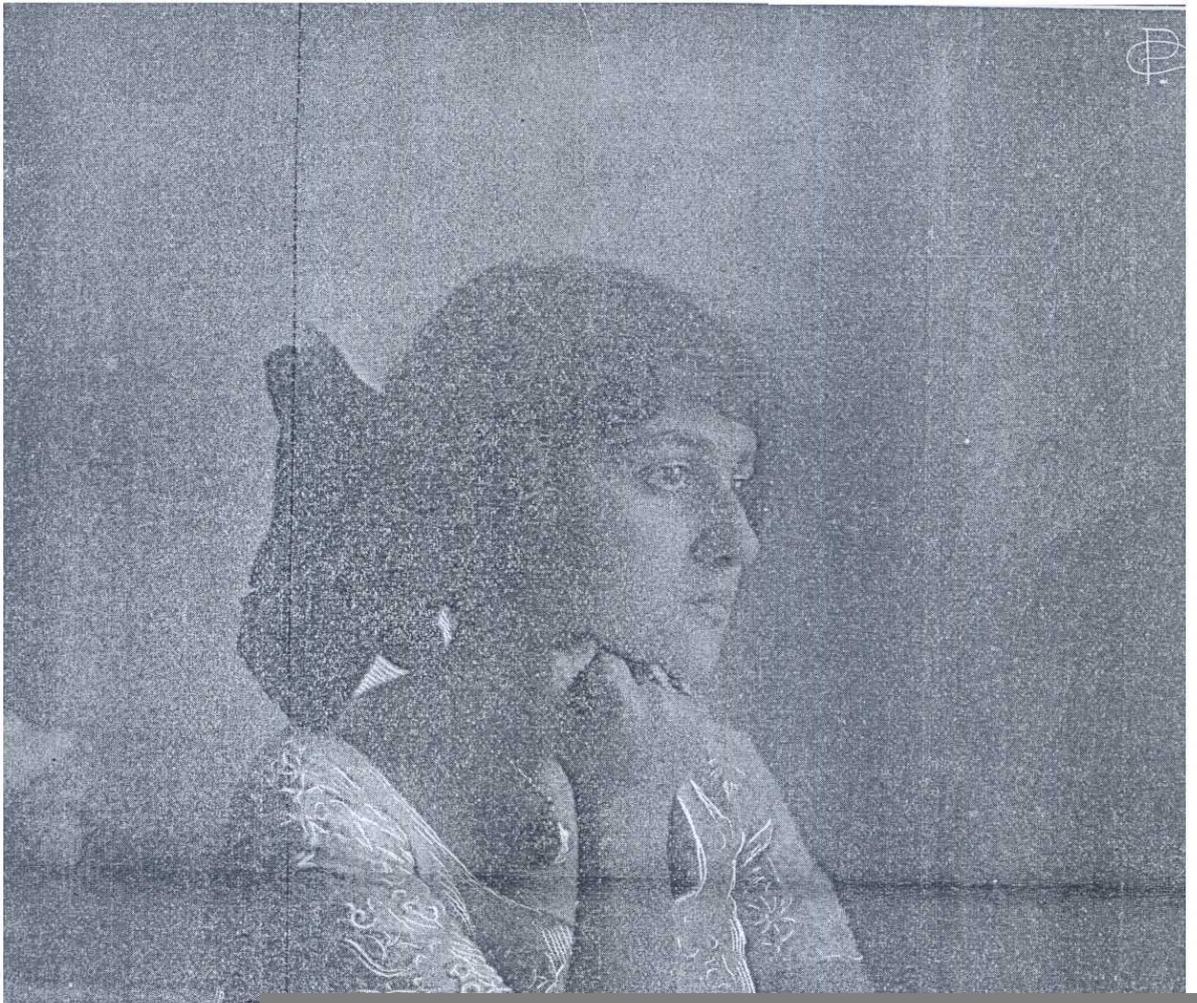
Una Isabel de la nación ibera
empeñó sus diamantes,
y, bajo el noble pabellón hispano,
mandó los atrevidos navegantes
á descubrir el mundo americano!

Y tú, Isabel del reino panameño,
con los finos diamantes de tus ojos,
bajo una hermosa y lírica bandera,
envías por los mares del Ensueño
las almas al país de la Quimera!....

Oh, la negrura de tus ojos negros!....
Jamás la Noche se arropó en el cielo
con manto que ostentara tal negrura....
Y sólo fue tan negra, la amargura
en el celoso corazón de Otelo!....

Oh, la dulzura de tus ojos negros!....
El fleco de la estrella en lontananza
no tiene de tus ojos la dulzura....
Porque tan dulce así, sólo fulgura
esa estrella del alma: la Esperanza!....

Bajo la sombra del rizado alero
de tus pestañas, lanza su saeta
el dios Cupido, el amoroso arquero....



De tus cabellos en la selva umbría
el viento --que es poeta--
te murmura una amante melodía,
te recita el poema de sus quejas,
y te cuenta que viene de distante
región --raro contraste del Destino--
á besar un instante tus guedejas
y á seguir su camino...

Tu voz!... Soñó con ella
Bethoven, y compuso su más bella,
su más dulce sonata....
Tu voz!... Soñó con ella
Schubert para escribir su Serenata!...

La rítmica armonía
de tus líneas, mirara Praxiteles
extasiado, y en vano intentaría
copiarla con sus mágicos cinceles.

Bella y omnipotente Soberana!
Tu cuerpo es una estrofa becqueriana
de glorioso lirismo....

Y el alma tuya es un hermoso verso
compuesto por Dios mismo
para delectación del Universo!...

ABRAHAM MARTINEZ.

(PIERROT.)



Amor de Padre.

GRITOS DEL CORAZON.

Yo te he visto, hija mía, delante de un espejo colocando en tus hermosos cabellos negros los últimos prendidos de tu tocado de baile; y he sentido correr por mis ojos lágrimas de alegría al contemplar tus hechizos.

Ahora te veo prender tu albo velo de novia, sembrado de la casta flor del naranjo; estás así aún más bella y no sé por qué las lágrimas que mi orgullo de padre me arranca, son en este instante menos dulces.

¡Extraño misterio del corazón!

Vas á alentar con tu cariñosa devoción los nobles anhelos de tu joven esposo; á alegrar su espíritu con tu tierna sonrisa, á fundir un hogar santo donde resplandecen la virtud y el trabajo.

Vas á fundir tu nombre sin tacha en otro igualmente digno.

Y entonces ¿por qué estas lágrimas?

¡Ay, hija de mi alma! La felicidad también tiene crueldades:

Ella te arranca de mi lado, ella me roba tu calor, ella te quita mi nombre.

Cuando en tu adorable frente estampe yo mi eterno beso, apartando los azahares de tu diadema de desposada, ya te llamarás de otro modo; cuando la mano de los amigos estrechen la mía temblorosa en són de felicitación por tu dicha, mi corazón estará llorando la despedida, y el cielo habrá puesto en el tuyo el sello de la dependencia.

Vamos, hija; la naturaleza, la ley del hombre, la de Dios, el instinto de tu amor, me anula el derecho que sobre tí tenía. Vamos, yo te pondré al pie del altar para que Dios bendiga mi despojo.

Yo te acercaré al pecho que te ha ganado, te daré los brazos que me han de reemplazar para guiarte en la vida.

Y pelearán en mí estos dos sentimientos que me agitan:
el dolor y la alegría.

Sonreiré viéndote dichosa y lloraré viéndome sin tí.

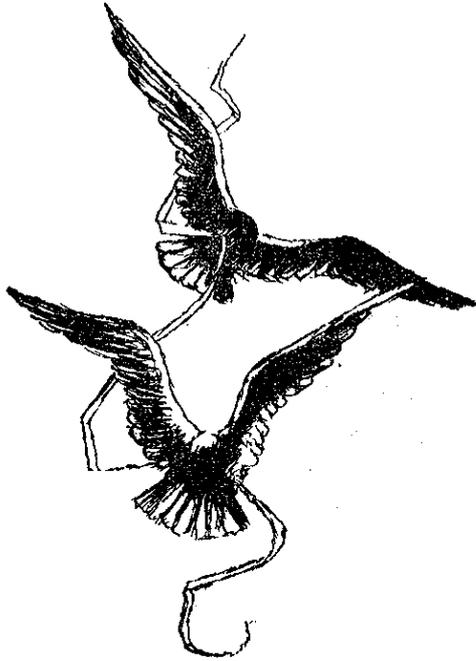
Arbol viejo ya, siento dolor al desprenderse de mí
una rama.

La naturaleza reclama sus derechos y el corazón defiende
los suyos.

Ve, hija mía, y renúnciame.

Hágate feliz tu digno elegido, y mi alma se elevará agra-
decida al Creador que hizo esta ley cruel y bendita, de que
los padres entreguen á sus hijos.

N. BOLET PERAZA.



ILUSIONES ENGAÑOSAS

Al extremo de la aldea hallábase situada la Administración de Correos y Telégrafos, en una casa de planta baja, con dos ventanas en la fachada, pintadas de verde lo mismo que la puerta, que permanecía siempre entornada. A la derecha, había un jardín con una cerca de madera. Este jardín constituía el encanto de la administradora, Alicia Tournier, la cual vivía con su hermana Luisa, mayor que ella y consagrada exclusivamente al cuidado de la casa.

Las dos hermanas eran huérfanas, y no contaban en el mundo más que con el mutuo apoyo que se prestaban. Pero, mientras la administradora se entregaba á sus ensueños, Luisa había renunciado á todas sus ilusiones, resuelta á sacrificar su destino en provecho de su hermana menor.

Cambiaban el saludo y algunas palabras con los labradores; pero no eran recibidas por la gente rica del país. Visitábalas á veces el maestro de escuela, y de tarde en tarde, el Cura que servía tres parroquias y tenía mucho que hacer

*
* *

Un joven, hijo de un industrial del país, recién llegado de un viaje á los Estados Unidos, empezó á frecuentar la Administración, á donde acudía en busca de sellos, y algunas veces con objeto de poner algún telegrama.

El tal joven estaba sorprendido de haber encontrado en aquel país, que calificaba de salvaje, á aquella muchacha encantadora que hablaba muy bien y se distinguía por su rara belleza.

¿Por qué se molestó Alicia cuando un día su hermana la dijo: «No me disgusta ese Mauricio Scherer; lástima que esté tan pagado de sí mismo!»

Alicia estaba alegre unas veces y otras triste, sin motivo que justificase el estado de su ánimo.

Mauricio visitaba con mucha frecuencia la Administración. Solía llegar en bicicleta, y á veces se olvidaba de pedir algo

para justificar su visita. Alicia, segura de que había ido á verla, no podía ocultar el contento de que se hallaba poseída.

Diariamente había para Mauricio Scherer una numerosa correspondencia, que Alicia separaba atentamente, leyendo las direcciones como para penetrar el secreto de toda la carta por estudio y examen de la letra.

Aquellas cartas le parecían de enemigos, y temblaba al dárselas al cartero para que las repartiese.

Mauricio se mostraba cada vez más cariñoso con Alicia. Después de cerrado el Despacho, entraba en el comedor de las dos hermanas, y luego pasaba con ellas al jardín, donde permanecía hasta el anochecer. Ante el arrobamiento de Alicia, su hermana no se atrevía á protestar; sin embargo, tenía por cosa muy grave el recibir en casa á aquel joven de familia rica, á cuyos padres no conocía, ignorando también las intenciones del mancebo.

Por otra parte, al mostrarse demasiado severa, ¿no se exponía á destruir tal vez el porvenir de su hermana?

¿Por qué Mauricio no había de amarla? ¿Por qué no había de casarse con ella? ¿Por qué no había de traer de América el sentimiento de dignidad que hace que los hombres de aquel país no soliciten á una mujer por su dinero, sino por la seducción de sus encantos personales? ¡Y Alicia era tan hermosa, tan leal, tan buena, tan inteligente!

Mauricio Scherer iba á menudo á París, para sus asuntos, según él decía. Sus ausencias eran cada vez más frecuentes; pero, en cambio, también lo eran sus visitas cuando regresaba al pueblo.

Una tarde, Alicia se había puesto en el pecho un ramo de pensamientos. Mauricio solicitó su posesión, y besó furtivamente la mano que se lo entregaba. El joven dijo entonces:

—Tengo que hablar con usted, Alicia.

—¡Me ama!—dijo para sí la muchacha, entonando un cántico de alegría.

La dicha la cegaba como una luz brusca y brillante cuando se sale de la oscuridad. Sus ojos se entornaban para soportar tales resplandores.

—¿En qué piensas? —le preguntó su hermana, cuando las dos estuvieron solas.

—¡Me ama! ¡Me ama!—exclamó Alicia.—El también me ama. Estoy segura de ello.

—¡Pobre niña! ¡Tal vez te engaña tu propio corazón! ¡Ese hombre es muy rico, y nosotras somos muy pobres.!

* * *

Entre las cartas que recibía Mauricio Scherer había casi diariamente una sellada en París mostrando en el sobre una letra que parecía de mujer.

Alicia se atrevió á decir, tímidamente, á Mauricio:

—Veo que tiene usted una correspondencia muy frecuente con una misma persona.—

—Sí; recibo siempre cartas de una parienta..... de una tía.

—¿Vieja?

—Sí; muy vieja, y muy delicada de salud.

Alicia se había tranquilizado.

Hasta cuando Mauricio regresaba de París, le preguntaba al verle:

—¿Cómo sigue su tía?

*
* *

Alicia había pasado esa noche sin dormir. El beso le quemaba la mano. Suponía diálogos con Mauricio, creía en la próxima confesión de su amor, y pensaba en su matrimonio.

Se había levantado muy temprano y esperaba con impaciencia la llegada de Scherer, quien indudablemente le confesaría su pasión. ¿No le había dicho que tenía que hablarle?

Alicia había suspendido un medallón que contenía los retratos de sus padres.

De pronto, sonó el timbre del telégrafo. Corrió Alicia al aparato á registrar el telegrama anunciado. Bajó sus dedos fueron presentándose las letras y las palabras. Seguías con curiosidad primero, después, con sorpresa, después desesperada, y al final, jadeante y herida mortalmente.

«Mauricio Scherer: Madre grave. Ven. Temo aplazamiento nuestro matrimonio. Estoy triste. Tu futura, *Lucía*.»

Alicia no sentía los latidos de su corazón. ¡Con qué letra tan imperfecta escribió las palabras que desgarraban su alma y destruían todas sus ilusiones! No tenía más que una idea fija: el deber profesional.

—Es preciso—pensó—que ordene á Juan que lleve este telegrama, es preciso que hable; pero mi garganta no puede tanzar más que gritos y sollozos.

Esperó algunos segundos, después llamó:

—¡Luisa!

Presentóse su hermana á la que dijo:

—¡Que venga el chico, para que lleve este telegrama!

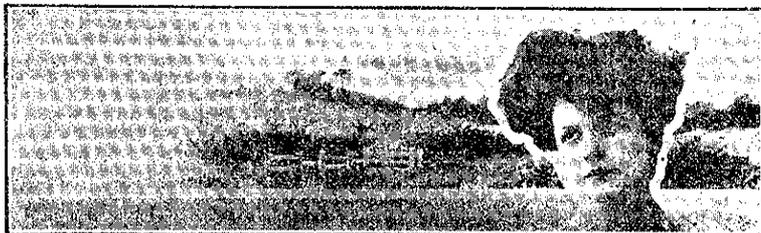
Cuando hubo cerrado el pliego y partido Juan silbando, la infeliz mujer se echó á llorar. Lleváronse sus lágrimas su felicidad gota á gota, purificando la amargura de sus penas. Al regreso de Juan, tenía los ojos encendidos, pero enjutos. Cogió la contestación que el muchacho le entregaba, y se puso á rasmitirla con segura mano:

«Señorita Lournié.—11.—Avenida Carnot. —París.—Participo tu alarma. Salgo primer tren. No volveremos separarnos. *Tu Mauricio.*»

.....

Luisa no supo nunca lo que había podido pasar. Alicia comenzó á envejecer prematuramente. Había desaparecido toda la poesía de su existencia. Y su jardín parecía un florido cementerio, en el que sus esperanzas y su felicidad dormían el último sueño.

S. WILL.





Señorita Manuela Vallarino, Reina del Carnaval de 1910

Don Quijote y Sancho

Don Quijote, portador grotesco de una armadura que él cree sólida y que no cuesta nada; es el idealismo iluminado por el amor, la fe serena en el más allá, el culto ardiente de las abstracciones que hacen al hombre mejor y más fuerte, el olvido de sí mismo, el desinterés, la abnegación, el desprecio de las contingencias y de las realidades, el apetito insaciable de todo lo que es bello, de todo lo que es grande; de todo lo que es puro, de todo lo que no existe; el esfuerzo que nada causa para obtener lo que nada produce. Es loco; pero su locura consiste en armarse para la lucha sin término y sin victoria útil, desdeñando constatar y no queriendo admitir que la fe nos engaña sin cesar y que todo esfuerzo es baldío; tan vivaz es en él, esta fe, que resiste á todos los choques, como á todas las derrotas; se levanta después de cada caída, y, sucia de sangre y de polvo, heroica sin saberlo, bajo su arnés de lodos recogidos en todas las carretas, monta de nuevo en su cabalgadura para proseguir su camino. . . . Y, á despecho de burlas y heridas, de hambre y cansancio, el hambre parte de nuevo como si nada hubiese pasado, y helo ahí que recomienza, tan ingenuo, tan ardoroso, tan joven como enantes, y desbordante de celo; rico, riquísimo de la indomable locura de su fe. Vive por ella, vive para ella, y cuando ya sin aliento, llega, un día, á comprender la inanidad de su quimera y la mentira de sus sueños, no le queda más que morir: y muere, en efecto, pidiendo perdón por haber hecho el mal pretendiendo hacer el bien. . . . A su izquierda, á su derecha, pero siempre detrás, Sancho trota, se revuelve, regaña, come y bebe á escondidas, duerme tanto como puede y pide descanso continuamente. No lo despreciemos por eso; Sancho no es la bestia inepta y vil; si no tiene ideas no carece de pensamientos; razona y hasta perora; ve claro y ve justo; es maligno, sutil y de buen juicio; digamos más, es de buen sentido. Es la salud misma al lado del sublime enfermo, y, ciertamente, tiene siempre razón; no se engaña jamás; lleva en su mochila la verdad y la saca, si bien siempre tarde; pero mientras la busca ya la presiente; y ante las locuras de su amo, adivinando que cada nueva empresa de éste habrá de terminar en desastre, resiste, resiste y tira hacia atrás y tira hacia abajo, oponiéndose con toda su fuerza á la marcha hacia adelante, sobre todo oponiéndose al vuelo hacia arriba. Ama la tierra el desgraciado y no quiere que le aparten de ella. Por experiencia sabe que el idealismo es nuestra amenaza constante, que el entusiasmo es nuestro peligro de toda hora y que bien pueden las ilusiones condicional á la muerte.

Las quimeras, ciertamente, no son de su especial agrado; sus costillas guardan de ellas dolorosos recuerdos; ante todo, Panza quiere salvar su panza. Sancho se tiene cariño; no puede remediarlo. Sancho no es bello, cierto es; pero no se cuida de bellezas; es pequeño, también es cierto; pero él no se paga de grandezas. Pero he aquí lo más singular: la grandeza y la belleza exaltan á este miserable y, á despecho de toda su ciencia, el sabio pesado se deja enloquecer por su amo cuando este proveedor de ideales se pone á predicarle los encantos del más allá. . . .

EDMOND HARAUCOURT.



Señorita Laura Arjona,
Candidata á Reina del Carnaval

Un tierno corazón

La señorita Silva Ruiz de Medina de la Peña y Arco... que así decían sus tarjetas por alarde aristocrático... estaba celosa.

Un año no más contaba su matrimonio. Habitaba un lugar de baños, que su esposo dejaba frecuentemente por ir á la capital á pasar uno ó dos días en su casa.

Educada para el gran mundo, su aturdimiento era ad hoc para hacer ver que es privilegiada; y tenía chic, inocencias catalogadas y faltas de ortografía.

Con una de sus bruscas decisiones, realizó un viaje á Buenos Aires en un día, haciéndose preceder de una carta en la cual hablaba con entusiasmo del balneario, y manifestaba su resolución de prolongar su temporada.

Llegó á las ocho de la mañana cansada por la agitación del tren y la mala noche.

—El señor...—preguntó imperativamente al portero, fulminado por la inesperada aparición..

Se encontraba en casa, recién levantado, con su tío, charlando en el antecomedor. Fue todo lo que el portero pudo balbucir.

—No me anuncie; no le diga nada,—ordenó la señora, subiéndola escalera con arrebatada precipitación.

Un vago incidente de intriga, cierta comezoncilla de cólera, la emoción del paso que acababa de dar, alteraban sus facciones; y advirtiendo así, decidió consultar rápidamente el espejo.

Del lejano antecomedor llegaban ecos de carcajadas.
¡Los infames! ¡Estaban riéndose á sus expensas, sin duda!.....

Semejante idea sugirióle la picardía de espiarlos, como lo efectuó, deslizándose de puntillas, palpitante, por las piezas oscuras.

He aquí lo que dejaba escuchar el alboroto de la calle, que el viento, metía por las ventanas á cada rato.

El sobrino.--¡Es excelente!

El tío—Y qué corazón!

Rumor.

El miserable del tío era cómplice, como lo sospechaba. ¡Oh! ¡Tiene corazón!..... Pero si eran las mismas cosas que le dijo á ella durante el mes de luna de miel.

Nuevo silencio.

El tío.—Así es como me gustan.

El sobrino.—Claro está; son las mejores.

El tío.—Es francesa.

El sobrino.—¡Divina!

El tío.—Adorable!

El sobrino.—¡Puro corazón!

¡Francesa, adorable, divina, puro corazón!.....¿Su tierno corazón que ella, Silvia, la frívola, la ingenua, celosa al fin, arrancaría con las uñas?

Entró con un portazo brusco, en actitud de drama, la cabeza muy alta, los brazos duros, como se hace en el teatro.

--¡Ah! --¿Tú aquí?-- dijo el marido acostumbrado á los arranques habituales.

--Buenos días, Silvia; á tiempo-- añadió el tío, alargándole un bocado de algo rojo en la punta de un tenedor.

¡Oh derrumbe de todas sus sospechas!

Los dos golosos, frente á frente de una mesa, con sus servilletas al cuello, devoraban una monstruosa sandía blanca que el tío se encargó de comentar.

--De mi quinta; semilla provenzal; "moçion d'eau" legítimo. Puro corazón!

Y así fué como Silvia, obligada por el ridículo á tragarse sus celos en un amargo disimulo, tuvo que aceptar el prosaico bocado, y devorar heroicamente, como en una tragedia anti-gua el corazón de su rival.

LEOPOLDO LUGONES.

El Cisne negro

En el estanque pleno de alegría
en donde se diluye una remota
ilusión, del azul la intensa nota
sugiere una divina melodía.

Y en esa paz ideal de lejanía
cuya magia los sueños alborota,
un cisne negro sobre el agua flota
cual si fuese una gran melancolía.

A veces su mirar sereno y franco,
soñando en la alegría de lo blanco,
vaga del infinito en el abismo,

Y rima su vivir entre la bruma,
cargado de las sombras de su pluma,
cargado de la noche de sí mismo.

El lago triste

Para Manuel Ugarte.

La apacible vertiente cristalina
—verso de ensueño de la azul montaña—
formó al llegar á la hondanada huraña
una lámina tersa y zafirina.

Las transparencias fueron paulatina-
mente tornándose en negrura extraña,
cual si filtrado hubiérase en su entraña
una bruma fatídica y dañina.

Ni las rosas del alba, ni la brisa
han logrado forjar una sonrisa
en ese espejo de tristeza ahito;

Quizás en él florezca un sueño blondo
cuando deje de ser oscuro y hondo
bajo el prestigio azul del infinito.

AURELIO FALCONI.

Habana 1911.